

II. OSMOSIS GENEROSA

Para los médicos, la expedición española al nuevo Mundo tiene en sí misma muchas facetas interesantes, pero la principal es que la ciencia médica le deberá gratitud inextinguible, por haber facilitado la substancial contribución americana al arte de curar, desde los tiempos del Renacimiento para acá y agradecerle también que los hombres de Colón trajeran a América lo que, hasta el siglo xvi, había conseguido la medicina europea, aunque ello no fuera ciertamente mucho.

La organización humana de los pueblos aborígenes sorprendió a los españoles desde el momento que pisaron nuestras playas. Y dentro de esa organización, la nota más sorprendente fue sin duda la alta consideración que el *médico* americano tenía en la jerarquización social de estas tierras. El *médico* era por sí mismo una institución técnica, científica y religiosa, con intervención política decisiva.

Como es bien conocido, cuando Colón y sus hombres desembarcan en las costas de nuestro Continente, los habitantes de estas tierras ya tenían organizada la asistencia de sus enfermos por sus propios *médicos* y hasta en sus propios hospitales.

¿Quiénes eran estos *médicos aborígenes*? Los *behiques* siboneyes, los *piaches* caribes (antillanos), los *payés* tupi-guaraníes, los *machis* araucanos, llamados *yacamuchis* en Tierra del Fuego, los *ichuris* incaicos, con sus *sirkaks* o cirujanos, sus *hampica-mayoks* o recogedores de hierbas, sus *laica-umos* o magos sacerdotes y sus *comascas* o *sancoyoks* o magos artífices y también los astrólogos y herboristas mayas y aztecas que centraban la medicina de sus sendos imperios y culturas⁽¹³⁾.

¿Cómo y con qué curaban? Esa pregunta es contestada por el distinguido profesor Cornide diciendo que su medicina era un zurcido de magia, empirismo y prácticas de emergencia⁽¹⁴⁾.

Los siboneyes, una de las tres razas aborígenes indocubanas, tenían por médico al *Behique*, médico y adivino, hechicero y sacerdote, que predijo la llegada a Cuba de *gentes de luengas barbas*, (Las Casas), que no actuaba en templos ni ante ídolos, ni practicaba sacrificios en los altares, que en Cuba nunca los hubo⁽¹⁵⁾, pero su rango era de sacerdote, aún más, de santo, pues como tal se le consideraba⁽¹⁶⁾, por su atuendo y ceremonias de ritual, caudal de sugestión de donde se nutriría en gran manera su arte, y poseía derechos poco frecuentes en la sociedad siboney, como era la práctica de la poligamia.

Los conocimientos médicos de las razas primitivas de Cuba les hacían considerar a la enfermedad obra de los espíritus malignos, al tiempo que en Europa se tenía por obra de demonios y brujas. Según Las Casas, “el moribundo era abandonado en un abrigo del monte”⁽¹⁷⁾.

“El *behique*, asistía a los enfermos y aunque para su curación tenía en cuenta las reales virtudes medicinales de ciertas plantas, en conocimientos adquiridos por la tradición y la experiencia, también se valía de rituales mágicos, en atención a que la enfermedad se consideraba en muchos casos como obra de los espíritus malignos. A la vez, el *be-*

hique oficiaba en relación con los *cernís*, hablaba con ellos y recibía sus inspiraciones⁽¹⁸⁾.” En realidad, era un trasunto atlántico del *shaman* ártico.

El *behique* poseía su parafernalia o equipo ceremonial, su insignia, su *cerní*, su *dujo*, la *maraca* y la *pipa* en Y, llamada *tabaco* y celebraba la ceremonia de la *jumada*, llamada *cojoba*.

El *behique* era el depositario de los conocimientos de la herboristería medicinal de los siboneyes. Estos ya usaban la cuasia, como aperitivo y febrífugo; el manzanillo, la guayaba y el bejuco, como purgantes; el guayacán, para la sífilis, y el baño, como febrífugo y después del parto.

Su cirugía consistía en la reducción de fracturas, envolviendo los miembros en yaguas mojadas. _ Practicaban la castración, (Fray Ramón Pané)⁽¹⁹⁾.

Oviedo asegura que practicaban la sangría y la cauterización.

La veneración popular al *behique* le concitó el odio de la clerecía española, que le consideró miembro de una secta nefanda y herética, hasta el extremo de que aún hoy, en la Enciclopedia Espasa-Calpe, como tal se le tiene⁽²⁰⁾, pese a cuanto ya se ha publicado en el mundo sobre este tema.

Con respecto a los *piaches* o *mohanes*, que se dedicaban al arte de curar en Venezuela, se repite, como en los demás similares, mucho de lo dicho para los *behiques* y, particularmente referido a aquéllos, dice Carrillo⁽²¹⁾, que formaban “una casta especial, reverenciada por el resto de los indios. Combinaban sus actividades médicas con las de hechicería y actuaban como sacerdotes y sibilinos. [...] Poseían raros conocimientos de la flora autóctona y eran vegetales los medicamentos más usados...”

Los médicos aborígenes de los tupi-guaraníes eran los *payés* y los *pagés*. Hay autores que los engloban a todos bajo el primer vocablo y otros⁽²²⁾, que los diferencian de la forma señalada. El *pai* es voz tupi y el *pagé*, guaraní. En algunas zonas del Brasil, habitadas por los tupis, también se le llama al médico, *pagé*. Celso Vieira, biógrafo del Padre Anchieta, consigna a este respecto: “PAGE: voz tupi equivalente al *pai* de los guaraníes y que designaba al brujo y médico de la tribu, [...], este brujo podía legislar [...] poseía vastos conocimientos de herborística medicinal que, como lo observa el historiador Taunay, es lástima que se haya perdido por la intransigencia religiosa de la época, que veía intervenciones diabólicas en los actos de los cuales muchos eran producto de saber empírico. Más particularmente, esta voz designa al que cura, por medicina o por brujería, y por eso fue frecuente que se aplicara ese título a los santos y sacerdotes católicos. Recuérdese el caso de la leyenda del Pai-Zumé, identificado por los jesuitas con Santo Tomás...”, que señalamos vino a América en barcos judíos.

Veamos ahora lo que dice el padre Lozano⁽²³⁾: El *payé* era el médico de los tupi-guaraníes. Empleaba la magia y la sugestión para la ex-

tracción del cuerpo del ser extraño natural o sobrenatural que era la causa de la enfermedad. Empleaba el hechizo y el embrujamiento; la magia evocatoria y la sugestión colectiva, y la magia simpática (para enfermar a los enemigos). Paralelamente, se valía del sobamiento y fricciones con hierbas aromáticas, la succión y las ventosas secas o escarificadas; cauterización con fuego, (para las heridas por mordedura de las víboras) ; baños calientes; drogas estupefacientes; urocuización con bija, para aplacar los efectos del sol y ahuyentar los mosquitos y otros insectos; soleaba los medicamentos; curaba las heridas, lavándolas con agua hervida (nebulosa de asepsia, según Nordekiol), con tabaco y otras plantas y gomorresinas; prescribía guapón para la anquilostomiasis; empleaba una especie de mitriadización para las picaduras de serpiente, haciendo morder por otras más pequeñas; lograba la hemostasia con setas tostadas; las afecciones del estómago, (hiperclorhidria), las trataba con polvos de valvas de ostras, y las intestinales, con ipecacuana y quenopodio. Son notables sus prescripciones de puericultura: baños al recién nacido; lactancia materna; colocar los prematuros, en ollas con plumas de ave, cerca de las hogueras; complementar la lactancia con miel y frutas, previamente mascadas por la madre, y proscripción del uso de fajas que impiden el natural desarrollo de los niños.

Los *machis*⁽²⁴⁾, médicos y hechiceros de la medicina araucana, mágica, empírica y de cirugía menor, eran oráculos vivos que anunciaban las lluvias y el logro o la pérdida de las cosechas. Eran enfermizos y su gesticulación y vestidos, femeninos, habiendo también algunas *machis*, (Guevara), curanderas y encantadoras. Por observación continuada, conocían las virtudes curativas de muchas plantas y aguas termales que empleaban en sus curas, podríamos decir, de medicina interna. Su ceremonia se llamaba *machifum*. Había especialistas, (Molina), con nombres de *ampive* y *bileu*. En patología quirúrgica, los *machis*, con piedras afiladas, abrían abscesos y flegmones, cuyo pus succionaban, legraban su cavidad, la lavaban y rellenándola con tallos de hojas vegetales, lograban un medio de efectivo drenaje; curaban las heridas; inmovilizaban con pedazos de yaguas, las fracturas; practicaban la sangría, y conseguían la hemostasia con hierbas astringentes.

Ichuris⁽²⁵⁾, se llamaban los médicos incas del Perú, de quienes dice Garcilaso de la Vega, el inca, que eran expertos herboristas. Anota el padre Acosta que los médicos incas se consideraban superiores a los que llegaron de Europa y el Dr. Unánue cita que el Dr. Huerta se opuso a la fundación de la Universidad de San Marcos, de Lima, aduciendo que los indios conocían mejor las hierbas medicinales del país, puesto que se sabía de muchas personas deshauciadas por los médicos españoles que se habían curado con hierbas y plantas prescritas por los indios o indias. Estos *Ichuris* practicaban, además, la magia y la taumaturgia. Acosta dice, en su *Historia Natural*, que los indios creían que las enfermedades se debían a sus propios pecados. Los *ichuris* eran, también, adivinos; los del pueblo eran conocidos por *comascas* y a los propios

de la nobleza se les llamaba *amaucas*. Todo *ichuri* era médico y además confesor. Practicaba los sobamientos y las succiones. Su alarde quirúrgico era la trapanación del cráneo. También tenían sus conocimientos de puericultura. Conocían las propiedades diuréticas de los estigmas del maíz; el azufre, arsénico, arcilla en polvo, petróleo bruto para las heridas, la piedra lipes, (sulfato de cobre natural), y sobre todo, el empleo de la corteza de la quina como febrífugo, su gran contribución a la terapéutica europea primero y mundial hasta nuestros días, creyendo el Profesor B. Lorenzo Velázquez que su uso en América es antiquísimo, del tiempo de la efedra y el opio por los médicos chinos, 5,000 años a. n. e.

El Dr. S. Lasso Meneses, de Ecuador, en un trabajo sobre “José Lussieu, 1737”⁽²⁰⁾, reproduce la descripción del árbol de la quina consignando los nombres que le daban los indígenas, diciendo al respecto: “Es cierto que los primeros que conocieron las virtudes y eficacia de este árbol, fueron los indios del pueblo de Malacatos [. . .] Este árbol no llevaba entre ellos otra denominación que la que se deriva de sus virtudes. Lo llamaron *yarachucho*. *Yara* significa árbol, cara, corteza, *chuccho*, el temblor de la fiebre intermitente. La llamaron también *aya-cara*, que significa corteza amarga”.

La medicina azteca giraba en torno a una teogonía y era teúrgica y además astrológica. Los dioses eran: *Tzapotlenam*, de la Medicina en general o mejor, de la salud; *Xipe*, de las enfermedades cutáneas y de los ojos; *Quetzalcoatl*, del reumatismo y de los catarros; *Tlaltecuin*, de las enfermedades infantiles; *Tetzacalipoca*, de los vicios; *Xochiquetzal*, de los partos y con el nombre de *Ma'alacueye* protegía a la madre durante el puerperio, y *Centeolt* era la diosa de la tierra y de la Medicina y las hierbas medicinales, (Fray Bernardino de Sahagún). Había, además, otros dioses menores que intervenían en los males de estómago, partos gemelares y casos teratológicos.

Desde 1529, se tienen noticias sobre el uso de un hongo mexicano llamado el “Divino”, que se tomaba por los sacerdotes, acaso con fines teúrgicos, de comercio con los dioses; en Guatemala hay documentos en piedra sobre esa práctica desde 3000 años antes del Descubrimiento español; el Dr. Hoffmann lo ha experimentado y por él se sabe que influye sobre el siquismo⁽²⁷⁾.

Los mayas tenían sus dioses de la Medicina: *Xchel*, *Citobolontum* y *Zamná*.

El mecanismo del diagnóstico, del pronóstico y de la terapéutica mayas era astrológico. Cada día señalaba una región o una enfermedad; había el día del estómago, el de la respiración, el del hígado, etc.

La medicina maya se ejercía con carácter familiar, hereditario, como gremial y se enseñaba junto a los templos.

Había médicos que curaban con drogas y los cirujanos practicaban cirugía y traumatología.

En los pueblos pequeños, al margen de esta medicina, había hechiceros que practicaban el sortilegio de las manos y el agua.

Los aborígenes, en resumen, conocían hierbas para toda clase de enfermedades. De su farmacopea son las drogas que hoy conocemos con los nombres de bálsamo del Perú, el de Tolú, liquedambar, guayaco, zarzaparrilla, *hydrastis canadensis*, *hamamelis virgínica*, *grindelia robusta*, condurando, cáscara sagrada, boldo, lobelia, quina, jalapa, ratania, polígala, podofilino, ipecacuana, copaiba, jaborandi y quenopodio.⁽²⁸⁾

Bender, en su ya citado trabajo sobre la medicina primitiva americana⁽²⁹⁾, apunta: “Alguna de estas drogas, que la medicina moderna conoce gracias al hombre primitivo y continúan siendo utilizadas en la práctica, son la cáscara sagrada, la cocaína, la picrotoxina, la estrofantina, la emetina, el curare, la efedrina, y la reserpina, esta última recientemente introducida”.

Pese a la difusión de estas noticias, todavía nos sorprenden las que se tienen de la contribución americana a la medicina actual, resumibles así:

“Las técnicas médicas de los indios aborígenes comprendían: trepanación, (craneal), incisión, excisión, amputación, raspaje, escarificación, sutura, cataplasmas, vendajes, ventosas, succión, presión manual, masajes, entablillado, reducción y consolidación de fracturas y hemostasia por torniquete.”

“Los conocimientos médicos de los indios americanos se reducían a hierbas, raíces, hojas, cortezas y ramitas, empleando a veces semillas, flores, sustancias animales, insectos, tierras, o minerales con las que hacían polvos, cocimientos, extractos, infusiones. Los venenos se conocían y empleaban con varios fines.”

“Las sustancias nombradas se empleaban principalmente para preparar soluciones curativas, purificadoras, hemostáticas, narcóticas, sedativas, purgativas, eméticas, febrífugas y estimulantes⁽³⁰⁾.”

Los indios de algunas regiones empleaban el baño frío para combatir la fiebre. Las termas medicinales, como ya se hacía también en Nueva Zelandia y en Sumatra, se emplearon por los aborígenes y dieron motivo a grandes luchas tribales por la posesión de las fuentes calientes. Los efectos sudoríficos o descongestivos de los baños con tierra caliente, (Dakota), merced a parrillas con brasas, (Natchez), con vapor de agua, (Rouquayenes de las Guayanas), o con aire caliente, (México, Guatemala), en las pequeñas casas para sudar, (*Temezcal* de los aztecas), eran todos conocidos por los médicos indígenas⁽³¹⁾, y están todavía en uso en las zonas de Tuxtlachico, Cacahuatán, Unión Juárez, al sur de México y hasta en San Juan Teotihuacán a sólo 80 kilómetros de Ciudad México⁽³²⁾.

Según Stone asegura⁽³³⁾, alcanzan a cincuenta y nueve las drogas, todavía en uso, con que contribuyeron los americanos a la farmacopea mundial.

Como dato complementario de este capítulo y directamente relacio-

nado con el objeto de este trabajo, citemos que el hecho más singular comprobado por los españoles, fue el hallazgo de hospitales indios funcionando en tierras americanas⁽³⁴⁾. Cortés halló hospitales en Tenochtitlan, Tlaxcala, Tlascala⁽³⁵⁾, Cholula y las grandes ciudades del Imperio Azteca y con respecto a Perú, Poma de Ayala dice que: "En las grandes ciudades existían verdaderos hospitales que admitían a los enanos, jorobados e individuos con labios leporinos"⁽³⁶⁾. De ello hablan también otros historiadores de la conquista como Clavigero, Torquemada y Motolinia⁽³⁷⁾. Tenían hospitales de incurables y para los enfermos de aspecto repugnante, en una época en que Europa los destinaba principalmente a peregrinos, ancianos, desvalidos y locos.

De igual forma que algunos conventos italianos de la Edad Media instalaron sus jardines botánicos con el fin de poseer plantas curativas, en México ya existían. Bernal Díaz del Castillo, en su *Historia de la Conquista de México*, hace elogios del Jardín Botánico de Tenochtitlán, por su acopio de plantas con virtudes curativas para las enfermedades y dolores⁽³⁸⁾.

III. POCOS Y EN TRÁNSITO

El alba renacista mandó a América sus aventureros, servidores ignorantes del expansionismo político y la imposición del credo religioso de los reyes españoles que, como en toda empresa de tipo riesgoso, reclutaron sus mesmadas más a base de conceder el derecho al saqueo, a la *razzia*, que por un estipendio fijo, concertado de antemano. Por eso acompañaron a Colón hombres afanosos de lucrar con las fabulosas riquezas, obtenidas en estas tierras ignoradas de allende los horizontes conocidos del Mar Océano.

Y por lo que a la Medicina se refiere, es extraordinaria la escasez, por no decir ausencia, de médicos en el primer viaje de Cojón.

Nuestros González Prendes e Ybarra⁽³⁹⁾, dan los nombres de Maestre Juan y Maestre Alonso como médicos integrantes de las tripulaciones del primer viaje de Colón. Su denominación no luce la apropiada para un graduado en la Facultad al que ordinariamente se denominaba Bachiller, Licenciado o Doctor.

Emilio Castelar⁽⁴⁰⁾, también consigna el nombre de Maestre Alonso, pero señalándolo como físico de Moguer, que embarcó en la carabela *Santa María* y ese calificativo de físico sí es propio de los médicos de la época, principalmente de las armadas de tierra y de mar. Y el famoso orador cita a un cirujano en la tripulación de *La Niña*.

Francisco Guerra⁽⁴¹⁾, registra, como Prendes e Ybarra, los primeros médicos españoles en suelo dominicano, al mismo cirujano Alonso, compañero de Colón y a otro cirujano, maestre Juan, quien quedara en el primer establecimiento fundado por Colón, en Santo Domingo, resultando muerto durante el ataque de los indígenas, después de la primera Partida del Almirante hacia España.